

## ¿Tú quieres más? La economía del deseo\*

José Miguel Segura Gutiérrez\*\*

Recibido: 10 de junio de 2017 – Aprobado: 20 de octubre de 2017

### Resumen

El presente artículo defiende el carácter productivo que posee el deseo en la constitución subjetiva y relacional de los individuos dentro de una espacio-temporalidad, marcada por el dominio del capital y carácter utilitarista de las relaciones sociales. Para ello, parte de una revisión bibliográfica al concepto de “deseo”, entendido aquí como potencia productiva y creadora del individuo y su realidad, mediante la optimización corporal que este mismo agencia sobre el sujeto y lo lleva a surfear al interior de un binarismo que crea y destruye vidas, pero sobre todo somete cuerpos a la lógica del éxito personal, la competencia y el consumo.

**Palabras clave:** deseo, mercado, ciudad y subjetividad.

---

\* Artículo de reflexión derivado del curso académico de Metodología de la Investigación. Programa Contaduría Pública (nocturno) Universidad de los Llanos (l-2017). Citar como: Segura, J. (2018). ¿Tú quieres más? La economía del deseo. *Análisis*, 50(93), 449-460. DOI: <http://dx.doi.org/10.15332/s0120-8454.2018.0093.09>

\*\* Magíster en Desarrollo Educativo y Social (Universidad Pedagógica Nacional-Cinde). Especialista en Gerencia Social (Corporación Universitaria Minuto de Dios) y Administrador Público (Escuela Superior de administración Pública-ESAP) con Mención en Historia (Universidad del Rosario). Profesor de la Universidad de los Llanos, Universidad Cooperativa de Colombia (Campus Villavicencio). Correo electrónico: jose.segurag@campusucc.edu.co. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-0760-5817>.

# You want more? The Economy of Desire\*

José Miguel Segura Gutiérrez\*\*

## Abstract

This article defends the productive nature that the desire possesses in the subjective and relational constitution of the individuals within a space-temporality, marked by the control of capital and utilitarian nature of the social relations. For this, part of a bibliographic review to the concept of "desire", understood here as the productive and creative power of the individual and its reality, through the corporal optimization that this has on the subject and leads him to surf within a binarism that creates and destroys lives, but above all yields bodies to the logic of personal success, competition and consumption.

**Key words:** desire, market, city and subjectivity.

---

\* Reflection article resulting from the academic course of Research Methodology. Public Accounting Program (night) Los Llanos University (I-2017).

\*\* Master in Educational and Social Development (Pedagogical National University-Cinde), Specialist in Social Management (Minuto de Dios University Corporation) and Public Administrator (Superior School of Public Administration-ESAP) with Mention in History (Rosario University). Professor at Los Llanos University, Cooperativa de Colombia University (Villavicencio Campus). Email: jose.segurag@campusucc.edu.co. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-0760-5817>.

# ¿Tu veux encore plus? L'économie du désir\*

José Miguel Segura Gutiérrez\*\*

## Résumé

Cet article analyse le caractère productif du désir dans la constitution subjective et relationnelle des individus dans un contexte marqué par le pouvoir du capital et l'utilitarisme des rapports sociaux. Dans ce dessein, on réalise une lecture approfondie de la notion de « désir », comprise ici comme puissance productive et créatrice de l'individu et de sa réalité, ce qui mène chacun à une optimisation de son corps qui crée et détruit la vies, et, surtout, soumet les corps à la logique du succès personnel, de la concurrence et de la consommation.

**Mots clés:** désir, marché, ville, subjectivité.

---

\* Cet article dérive des travaux présentés dans un cours de Méthodologie réalisé à l'Universidad de los Llanos (I-2017).

\*\* Master en Développement éducatif et social (Universidad Pedagógica Nacional-Cinde). Spécialiste en Gestion Sociale (Corporación Universitaria Minuto de Dios). Licence en Gestion publique (Escuela Superior de administración Pública-ESAP), mention Histoire (Universidad del Rosario). Professeur à l'Universidad de los Llanos et à l'Universidad Cooperativa de Colombia (Campus Villavicencio). jose.segurag@campusucc.edu.co. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-0760-5817>.

## Introducción

Intentar una aproximación al concepto de “economía del deseo” demanda, por parte de quien escribe, esbozar una ruta de trabajo reconstructivo, con respecto al “yo” y la posibilidad que este mismo tiene para establecer conexiones no lineales con espacios, tiempos e individuos, cuya sumatoria no tiene otra finalidad más que constituirnos a nosotros mismos en sujetos mediante la acción cultural. Lo anterior, en razón a que la primera asociación que se hace de dicho término se haya ligada a transformar el instinto en potencia creadora de cuerpos, escenarios y realidades.

Si bien es cierto que el deseo es un asunto íntimo, pero que se da en colaboración con otros, para algunos dicha noción se mueve bajo un horizonte de negatividad que termina por vincularlo con la ruptura al orden establecido, a la normalidad, olvidando que el deseo tiene que ver con “todas las formas de voluntad de vivir, de crear, de amar; a la voluntad de inventar otra sociedad, otra percepción del mundo, otros sistemas de valores” (Rolnik y Guattari, 2006, p. 254). En otras palabras, con las múltiples dimensiones de vida que existen y enriquecen la cultura. Según, Marina (2007), “el deseo, en sentido estricto, surge de la ruptura del circuito animal de la acción” (p. 57).

Hablamos de dinámicas complejas, no consensuadas, pero en cuyos tránsitos, recorridos y cuerpos que atraviesa, el deseo precisa del desarrollo de una actitud abierta y contemplativa con respecto a lo que la lógica del deseo pretende visibilizar. El deseo, denota autoconocimiento y búsqueda de correspondencia con sí mismo. Por eso, “estudiar el deseo equivale a estudiar el papel de la negatividad en las diversas temáticas y expresiones culturales” (Zulaika, 2008, p. 245). El deseo, en sí mismo alberga una función organizadora, que busca comunicar la producción de “algo”.

El deseo se expresa a través del mirar, reír, ligue, de aquellos planes con el “otro”. Es decir, bajo los diferentes modos en que el sujeto logra identificar un impulso que lo lleva a establecer líneas de fuga posibilitadoras del encuentro con otros cuerpos, pero sin renunciar a la acción de la palabra y el uso de recursos (dinero, tecnología, mercancías). Una palabra que miente, al generar esperanzas de un nuevo encuentro, pero quizá no con la misma intención y presencia de los cuerpos iniciales –lo que puede y quiere llegar a ser–. La promesa, a lo que se orienta es a seducir, en otras palabras, a alcanzar el goce para precisar así de un momento de visibilidad que permita la identificación de los sujetos. Incluso, cuando todos saben que “ser alguien comporta la renuncia a serlo todo” (Vegueti-Finzi, 1996, p. 153).

Con respecto al deseo, Rolnik y Guattari (2006) declaran que “La concepción dominante del orden social define al deseo (las formaciones colectivas de deseo) de una manera nefasta: un flujo que tiene que ser disciplinado, de modo que pueda instituirse una ley para establecer su control” (p. 256). Ya que el deseo se

libera, conjuga, disocia y vuelve a transformarse dentro de los diferentes flujos que establecen los dispositivos de poder y marcos institucionales, creados por la sociedad. Según Deleuze (1995):

las líneas de fuga, es decir las disposiciones de deseo, no han sido creadas por los marginados. Por el contrario, son líneas objetivas que atraviesan una sociedad, en las que los marginados se instalan aquí o allá, para hacer un bucle, un remolino, una recodificación. (pp. 11-12)

Esta situación se ve reforzada por la existencia de un sinnúmero de lugares al interior de la ciudad (bares, discotecas, moteles, gimnasios, saunas, centros comerciales, clubes sociales, *sex shops*), para la gestión del deseo, pero que a su vez terminan por ofrecer parámetros que estructuran la vida personal y social de quienes asisten allí. En la mayoría de estos lugares, la emoción surgida a partir de las sensaciones visuales y el diálogo breve lo que ha favorecido es la configuración de un objeto de deseo cuya base está en la psique del individuo, el cual al construirlo de manera real y en la realidad le permite liberar la imaginativa socio-sexual anclada en su cuerpo, y así lograr la satisfacción individual (posesión). De acuerdo con Bauman (2002), “la lógica del capitalismo de consumo es liberar la persecución de fines heterogéneos e inducir a todos a buscar gratificaciones individuales de infinitos deseos” (p. 196).

Lo anterior, dado que la constitución de la subjetividad se produce en proceso, en movimiento. Por un lado, desde la relación consigo mismo, y luego, desde la interacción con el otro (espacio y piel) que me subjetiva. En la configuración de la economía del deseo, se incorporan ciertos espacios, tiempos y recursos que permitirían o no al individuo desarrollar un cúmulo de experiencias necesarias a su constitución como sujeto. Es decir, al ahora de lo que somos, con base en nuestras propias posibilidades y capacidades. Según Zizek (2007):

La subjetividad es un nombre de esa circularidad irreductible, de un poder que no lucha contra una fuerza que resiste desde afuera (digamos, la inercia del orden sustancial dado), sino contra un obstáculo absolutamente intrínseco, que en última instancia es el propio sujeto. (pp. 171-172)

Siguiendo los argumentos de Deleuze (1995a), “los procesos de producción de subjetividad son las diversas maneras que tienen los individuos y colectividades para constituirse como sujetos: esos procesos solo valen la pena en la medida en que, al realizarse, escapan a los poderes dominantes” (p. 275). En otras palabras, a la aplicación de dispositivos institucionales y tecnologías del yo que posibiliten transformaciones particulares en el sujeto. La subjetividad es una tensión entre agencia y sujeción, que genera estabilidad ontológica y coherencia en sí mismos.

Por ello, la idea deleuzeana (1985) de que lo esencial en el orden del deseo no es interpretarlo –someterlo a esquemas hermenéuticos que permitan descifrarlo, desocultarlo, averiguar su significado escondido–, sino experimentar con él,

conectarlo de modo tal que lo multipliquemos de maneras no determinadas previamente. Esto en razón de que la estructura social es deseo mismo –dominación–, y por tanto cualquier cuestionamiento a esa dominación parte necesariamente del potencial de desear, de producir líneas de fuga para que el deseo sea capaz de actuar por sí mismo y sin las restricciones de subordinación que le exige el poder.

Para Deleuze y Guattari (1985), el deseo no se mueve por las reglas que le impone la existencia de unas estructuras fijas, sino por unas conexiones rizomáticas a las cuales este ha logrado adherir. En ese orden de ideas, el deseo será la única posibilidad de existir en el mundo, y como absoluto, guiará la voluntad del individuo dentro de un contexto, que visto como campo semántico lo convierte en máquina deseante. Es decir, en un organismo cargado de flujos, que busca un acoplamiento para su satisfacción.

Lo anterior, toda vez que el deseo es agencia de producir afectaciones en las cartografías de los individuos. En otras palabras, de decodificar y desterritorializar los flujos deseantes de grupos y sujetos, a partir de unas condiciones de multiplicidad molecular, que permiten invertir el poder y hablar de una revolución cuyo origen radica en el organismo, como facilitador de la organización social y agente activo de la política del deseo.

Sin embargo, el deseo no puede calificarse como carencia o necesidad, salvo si es codificado, atrapado y distribuido, dentro del diacronismo de la máquina capitalista. De acuerdo, con Deleuze y Guattari (1985), “el capitalismo es el límite de toda sociedad codificada y sobrecodificada” (p. 171), cuestión que lleva a plantear cómo la domesticación de nuestros deseos avanza dentro del capitalismo y cuáles serían las líneas moleculares para agenciar por parte del sujeto, para escapar de la territorialización y los códigos oficiales.

El deseo se halla transversalizado por una espacio-temporalidad en la cual el capital ha ido generando imágenes y cuerpos (deseados y deseantes) al interior de una realidad ya ficcionada, como producto de los servicios y bienes que ofrece el sistema económico de capital a los sujetos (éxito, belleza, reconocimiento). Pero sin lograr satisfacer por completo los anhelos, sentimientos de nostalgia y noción de vacío, que producen los engaños, rupturas y abandonos en tanto material blando pero estructurador de la experiencia subjetiva de cada sujeto.

Incluso, en las prácticas masturbatorias ejecutadas por varones, es el recuerdo del objeto extrañado –“otro”– el que activa y tensa el miembro viril, para luego derramarse en simiente, dada la activación de todo un flujo de energía, que termina por acercar un estado de placer al sujeto que la practica, situación que advierte cómo, con respecto a la economía del deseo, ella también es superflua, aparente, cargada de una verdad a medias.

En la infinitud de nuestras experiencias, el camino sobre el que avanza la economía del deseo no es rígido, ni lineal, por el contrario, se encuentra en

“arboricidad”, es decir, en función de los diferentes ritmos e intencionalidades que traen los sujetos al mundo de la vida y sobre los cuales se trasiega para intentar descifrarse a sí mismos. Lo anterior en virtud de que, en la carrera por la vida, la proximidad, conversación y roce con otros cuerpos no solo libera la energía necesaria para vincularnos emocional y afectivamente con otros, sino que también visibiliza aquello que se necesita para vivir.

Satisfactores, susceptibles de ser suplidos a través de la adquisición de objetos consumibles, que, aunque en apariencia logran llenar la sensación de soledad y desapego, terminan por transformar al sujeto en empresario de sí mismo. Es decir, en una entidad cuya organización/corrección del cuerpo está dada por el éxito individual que prevalece ante el dolor físico, así como del disciplinamiento emocional, que restringe la conmiseración por otros, pero no su contemplación. En el fondo, lo que alienta ese observar es el desvanecimiento de las resistencias, el desborde de lo puramente humano ante un caudal de mercancías, piezas publicitarias, que impactan en la psique del individuo y restringen su elección. Al respecto, Segura (2016) plantea que:

Si existe un régimen de subjetivación particular –*el empresario de sí*– en el presente, este se debe a la presencia problematizadora no solo de un conjunto de reformas estructurales económico-políticas, sino también de innovación ética, cultural, que desde la denominación de neoliberalismo, ha hecho realidad la existencia de un nuevo sujeto –*empresario de sí*–, cuya característica principal es ser administrador y controlador de sus prácticas, según una lógica de optimización de sí mismo. (p. 120)

Hablamos de un vacío de sentido que tensiona y dispersa lo común que aún hay en los sujetos humanos, para ahora hacerlos ininteligibles, espesos, sin referencia a un lugar y mucho menos fiables de sus palabras y sentimientos. Los primeros puestos de dicha carrera siguen siendo ocupados por un “yo”, que se resiste a reconocer la ontología relacional con otros y lo otro (naturaleza, animales, objetos).

Por eso, cuando Haidt (2007) afirma que la “economía del deseo, es una economía de sombras que funciona como espectro de lo abyecto” (p. 33), lo que hace es desconocer la asociatividad productiva que dicha idea posee y desencadena dentro del circuito comercial y de consumo en que se basa la sociedad actual, además de desestimar su peso real, con respecto a los riesgos que asumen de forma avezada los sujetos, para cumplir con sus expectativas de convertirse en empresarios de sí mismos y así dominar el mundo en sus diferentes facetas.

No cabe duda de que los protagonistas de la economía del deseo adelantan toda una gestión económica, cuyo impacto, aunque que se circunscriba a públicos o audiencias específicas, con los cuales existe referencia o algo con lo cual identificarse, sí termina por contribuir a la consolidación de la economía formal productiva (producto interno bruto). Lo anterior, dado que la economía del deseo no renuncia al objeto mismo de la economía, a saber, la gestión de los

recursos, solo que esta define su gestión desde la identificación y disposición de los propios recursos con que cuenta el individuo –cuerpo e inteligencia–, para hacerse una vida que lo consume y lleva a adquirir bienes de consumo en su realización como sujeto (éxito, rentabilidad, competencia). En otras palabras, objetivándose para así ir en búsqueda de posesiones. Según Castro-Gómez (2010)

Lo que más interesa en las tecnologías liberales no es tanto que los sujetos trabajen para satisfacer necesidades básicas (comer, dormir, abrigarse, descansar) y adquirir objetos materiales (cosificados como propiedad), sino que se “capitalicen a sí mismos”, es decir que logren “invertir” sus recursos en ámbitos inmateriales como la belleza, el amor, la sexualidad, el conocimiento, la espiritualidad, las buenas maneras, etc., pues tales inversiones contribuyen a aumentar sus posibilidades de movilidad en una “economía abierta de mercado”. (p. 51)

No se quiere decir con esto que se esté ante la presencia de un dilema moral producto de la elección, solo que esta se encuentra regulada por el mismo sujeto, en tanto gestor de su propia constitución subjetiva y consolidación de cierto estilo de vida, que en términos modernos estaría vinculada al principio de autonomía individual. Contrario a lo que precisa Haidt (2007) cuando declara que “la economía del deseo está desprovista de ideas con sustancia” (p. 48), ella constituye en sí misma una idea-potencia que logra movilizar el cuerpo, insertarlo en trayectorias y recorridos que lo hacen devenir y finalmente terminan ubicándolo ya como sujeto, dentro de un plano de acción cuyas aristas trabajar, ganar y gastar definen un círculo ambivalente donde regocijarse, esperar y encontrar de manera efímera la felicidad, ya que esta es lo único que por el momento él mismo puede proveerse sin depender de los demás. De otros seres egoístas, al igual que él. Afirma Schopenhauer (1985) que “el egoísmo tiene en cada hombre raíces tan hondas, que los motivos egoístas son los únicos con que puede contarse de seguro para excitar la actividad de un ser individual” (p. 51).

Incluso en la posmodernidad el sujeto goza de una libertad reducida, como producto de la configuración de una vida amarrada al éxito personal y reconocimiento social, que no solo lo hace constituir un cuerpo y subjetividad orientada hacia tal fin, sino además elaborar un repertorio biográfico y discursivo que pueda soportar tales agenciamientos y transformaciones. Tal y como lo señalan Guattari y Rolnik (2006), las fuerzas sociales administradoras del capitalismo operan a través de redes que logran afectar nuestra percepción del mundo. De ahí que Díaz (2016) afirme que:

En el modo de producción capitalista la creación de relaciones sociales se reconoce fundada en un proceso de separación de las esferas económica, política y social, que permite mostrar las relaciones de producción despolitizadas y desprovistas de sus verdaderos intereses y contradicciones, dejando de ser entendidas como producto de la explotación de la fuerza de trabajo por parte



del capital o de la lucha de clases, sino más bien como relaciones naturales. (p. 237)

Un ejemplo de ello se esboza en la lógica actual de la ciudad, espacio donde ya no solo interesan los individuos, sino también la articulación que estos mismos establecen con ciertos lugares, ahora localizables y facilitadores del control y administración de la vida. Habitar la ciudad es estar inmerso en un ambiente maquínico de producción subjetiva sociopersonal, al vincular espacios con sujetos y viceversa. Como afirma Díaz (2010):

la vigilancia se ejerce en espacios cerrados y se limita a posibilidades humanas (observación, escucha, acechanza), mientras que el control se expande a cielo abierto e incorpora tecnologías digitales (cámaras, chips, radares). El control es la exacerbación de la vigilancia. (p. 9)

Esta cuestión recuerda cómo el deseo deviene en fuerza destructora de las formas de represión y rechazo de una subjetividad neurótica normativizada, pero también como agente transformador de la estructura social, a partir de la creación "micropolítica del deseo". Forma de organización orgánica, cuyo origen puede estar en el anhelo de compañía, la movilización socio-espacial o bajo la gélida presencia de la muerte, en tanto intensidades propias al mundo de la vida. De acuerdo con Deleuze y Guattari (2000):

Desde el punto de vista de la micropolítica, una sociedad se define por sus líneas de fuga, que son moleculares. Siempre fluye o huye algo, que escapa a las organizaciones binarias, al aparato de resonancia, a la máquina de sobrecodificación. (p. 220)

El deseo es un artefacto cultural anclado al propio sujeto, pero cuya disposición se hace para consolar la desdicha de no atisbar un futuro compartido, como producto del desmonte de los grandes mitos del siglo xx, y la emergencia de una tecnología de gobierno que, ligada a lo económico, clausura la posibilidad de abrir el encapullamiento individual y así generar esperanza colectiva. En otras palabras, un punto de partida, un final común. Recordando las letras de Yordano, "por estas calles, la compasión ya no aparece y la piedad hace rato que se fue de viaje", palabras de una artista cuya referencia encuentra sus primeras evidencias en un contexto en donde el deseo del individuo posmoderno, si es que existe tal constructo, aparece como ajeno a sí mismo, despersonalizado, en razón de la virtualidad que hace del mundo los medios masivos.

Para la sociedad del capitalismo avanzado, ya no es posible reconocer los límites del deseo, ya que este se ha ido desgastando por sus propios excesos, por la velocidad de sus flujos de consumo y la imposibilidad de tocar tierra (atópico). Es decir, de reencontrarse con sus orígenes y no salir en huida. El deseo se apacigua por el agotamiento y no la saciedad. En otras palabras, por el desgaste de las experiencias sensitivas y emocionales que día a día empiezan a hacerse más costosas y duales -intensas y frágiles-. Para Deleuze y Guattari (1985), "el

deseo es ese conjunto de síntesis pasivas que maquinan los objetos parciales, los flujos y los cuerpos, y que funcionan como unidades de producción” (p. 33).

El deseo ha ido vinculándose cada vez más con situaciones de la cotidianidad, pero dentro de unos límites y retos que los mismos sujetos han dispuesto y pretenden desafiar. Por ello, transitar desde el deseo significa hacerse a un espacio en el mundo, visibilizar de adentro hacia fuera nuestros querer, al interior de un marco que no necesariamente coincide con las expectativas sociales y más, por el contrario, con las dinámicas masivas de información y consumo propias del estilo de vida actual. El deseo es vitalidad desbordada.

Por eso, incluso desde lo autobiográfico (yo), el deseo emerge con una visibilidad incalculable en sus efectos, en primer lugar, porque impide precisar los momentos e intenciones que agencian, por ejemplo, dos amigos por cultivar su amistad, además de develar la arboricida de sus emociones, es decir, de amar temporalmente al otro o disfrutar de un futuro amigable. El deseo es una trampa egoísta que se niega al “nos”. Un oscuro y profundo vacío en cuyas resonancias se van deshidratando los más vivos recuerdos que la memoria intenta olvidar, pero que el cuerpo retiene bajo ciertas huellas físicas (ojos vidriosos y falta de energía) que terminan por confirmar la invitación de Deleuze y Guattari: “¡Experimenta, en lugar de significar y de interpretar!”.

Finalmente, en estos tiempos de crisis, muchos de nosotros seguimos guiados por la falsa ilusión de descubrir tras la pantalla o la hoja de papel un rostro al cual seguir, o al menos encontrar una fórmula quimérica que alivie los males y termine por liberarnos de las ataduras que genera la dupla imagen-palabra, un binomio siempre ajeno para analizar la experiencia vivida, de cada cuerpo gozado y espacio ocupado. Desde la economía del deseo, son las transformaciones de los recursos con que cuenta el propio sujeto las que constituyen su poder. Esa capacidad para acceder, definir, crear y volver a recrear flujos existenciales, que al engancharse con otros circuitos terminan por activar la productividad, ya sea de objetos o sujetos. Lo anterior, debido a que, de acuerdo con Foucault (2010):

Nos hallamos en la época de lo simultáneo, nos hallamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo cercano y lo lejano, del lado a lado, de lo disperso. Nos hallamos en un momento en que el mundo experimenta, creo, no tanto como una gran vida que se desarrollaría a través del tiempo, sino como una red que relaciona puntos y que entrecruza su madeja. (pp. 63-64)

Para la economía del deseo, la configuración de un individuo como sujeto supone estar en concordancia con la lógica empresarial, competitiva, y tecno-comunicacional, que reduce su soledad, pero no así elimina el cariz homogenizador que ella misma guarda. Según Guattari y Rolnik (2006) “lo que interesa a la subjetividad capitalística, no es el proceso de singularización, sino justamente este resultado del proceso: su circunscripción a modos de identificación de la propia subjetividad dominante” (p. 86). El resultado de la subjetividad capitalística está

dado por las articulaciones que se tejen entre los dispositivos de control social y las diversas formas de percibir el mundo por parte de los sujetos.

En otras palabras, por el juego de tensiones que suscita la comprensión del propio deseo e identificación con otros cuerpos posibles. Si bien es cierto, en la economía del deseo se hace un uso mecánico del cuerpo, que se ve fortalecido por las expectativas de los otros, no se debe olvidar que este como manifestación de la vida misma que reside en el cuerpo está siempre orientado a inventar conexiones nuevas basadas en el movimiento, en aquella potencia que dinamiza diferentes prácticas y subjetividades, pero que sobre todo segmenta y jerarquiza cuerpos en razón de una lógica de mercado que a la fecha anuncia la liberación de ciertos deseos ocultos, en un sujeto que ya es consciente de sus efectos y opta entonces por el pragmatismo.

## Referencias

- Bauman, Z. (2002). *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad, razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Deleuze, G. (1995). Deseo y placer. *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (23), 3-17. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2762969>
- Deleuze, G. (1995a). *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Editorial Pre-Textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2000). *Mil mesetas*. Valencia: Editorial Pre-Textos.
- Díaz, E. (2010). *Las grietas del control. Vida, vigilancia y caos*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Díaz, L. (2016). "Políticas sociales y producción de relaciones capitalistas". *Trabajo Social* (18), 235-245. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/58588>
- Foucault, M. (2010). Espacios diferentes. En M. Foucault (Ed.), *El cuerpo utópico. Las heterotopías* (pp. 63-83). Buenos Aires: Nueva Visión.

- Haidt, R. (2007). ¿Emoción o aplicación? Petimetría, o la economía del deseo. *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* (15), 33-51. Recuperado de <http://revistas.uca.es/index.php/cir/article/view/228/237#>
- Marina, J (2007). *Las arquitecturas del deseo: una investigación sobre los placeres del espíritu*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Rolnik, S. y Guattari, F. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.
- Segura, J. (2016). Empresa, poder e individuo: el neoliberalismo como productor de subjetividad. *Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 16(31), 113-126. doi: <http://dx.doi.org/10.22518/16578953.645>
- Schopenhauer, A. (1985). *El amor, las mujeres y la muerte*. Madrid: Biblioteca Edaf.
- Vegetti-Finzi, S. (1996). El mito de los orígenes. De la madre a las madres, un camino de la identidad femenina. En S. Tubert (Ed.), *Figuras de la madre* (pp. 121-154). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Zizek, S. (2007). *El espinoso sujeto*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Zulaika, J. (2008). Etnografías del deseo. Bases teóricas. En M. Bullen y M. Diez-Mintegui, (Coords.), *Retos teóricos y nuevas prácticas XI Congreso de Antropología* (pp. 241-278). España: Donostia, Ankulegi Antropologia Elkarte.

